

EL HOMBRE DE HOY EN BUSCA DE LA PAZ

*Andrés Di Cío**

Busca la paz y corre tras ella

Sal 34,15

1 Pe 3,11

¿Cuál paz?

La paz ha sido desde siempre el deseo último del hombre. De hecho, su sola mención despierta en el corazón los sentimientos más nobles. Sin embargo, podemos preguntarnos si esta palabra no ha perdido con el tiempo algo de su encanto original. Sabemos que las palabras pierden brillo cuando se las usa mal. ¿Es éste el caso? Sin arriesgar una respuesta definitiva parece claro que el hombre de la calle no siempre entiende la paz con la misma profundidad con que la entiende Jesús. “Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo” (Jn 14,27).

¿En qué se diferencia la paz de Jesús respecto de la paz del mundo? La de Jesús es la paz del Resucitado, la paz de aquel que atraviesa el oscuro valle de la muerte para resurgir lleno de vida; la paz de aquel que sufre el drama de la traición sin quedar envuelto en rencores inútiles sino ofreciendo generosamente el perdón; la paz de quien herido en la carne retorna sano y fuerte pero aun con las marcas visibles. La paz de Jesús es la del cordero manso que descansa en las manos del Padre acariciado por la brisa del Espíritu; no la paz imperturbable de quien se aísla, queriendo salvar su vida, sino la de aquel que se entrega, comprometiéndose con el hermano aunque eso tenga su costo. “Nadie me quita la vida, sino que la doy por mí mismo. Tengo el poder de darla y de recobrarla” (Jn 10,18). Por eso la paz de Jesús es, como dice el Apocalipsis, la del cordero degollado que está de pie: sereno pero no ingenuo, consciente de la tremenda

* Sacerdote de Buenos Aires (2007). Vicario parroquial. Profesor de Dogmática en la Facultad de Teología de la UCA y en el Centro de Estudios de la Orden de los Predicadores.

El hombre de hoy en busca de la paz

gravedad del pecado pero aun más consciente del infinito amor de Dios. “Estuve muerto y ahora vivo” (Ap 1,18).

¿Cómo expresar este misterio de la paz de Jesús? ¿Cómo hacer que siga siendo una luz en la noche de tantos hombres? Quizás no se trate de inventar nuevas palabras. Más que dar con neologismos haríamos bien en leer en ciertas búsquedas del hombre contemporáneo el anhelo perenne de la paz verdadera, precisamente la que Jesús ofrece. Pensar los nuevos nombres de la paz implicaría entonces percibir las semillas que ya están germinando, con todo lo que eso tiene de realidad y de promesa, de presencia y de carencia, de canto de fiesta y de grito de auxilio.

La armonía como clamor cultural

La gente reclama armonía. Es un nuevo nombre para la paz. Cierto que la mayoría de las veces se la piensa en clave individual, por momentos con matices propios de la *new age*, pero ¿cómo negar la autenticidad latente en ese reclamo? El desafío de la Iglesia está en no descartar sino integrar: asumir purificando. Entender qué se anhela y procurar mostrar de qué modo Jesús responde a ello. La armonía está en el centro de la fe cristiana como fruto del Espíritu: armonía personal revelada en Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre; armonía colectiva revelada en Pentecostés, donde la diversidad tiene su lugar propio en un marco de común alabanza. Incluso más, los cristianos reconocemos que esta pasión por la armonía es constitutiva del hombre porque ha sido creado a imagen del Dios Trino, misterio de unidad en la diversidad (y viceversa) que nunca llegamos a comprender.¹

¿Por qué será que nuestro tiempo se empeña tanto en alcanzar la armonía? La respuesta no es difícil: se busca lo que no se tiene. El estilo de vida contemporáneo, sobre todo el de las grandes ciudades, está marcado por el desequilibrio. Hay quienes incluso hablan de una sociedad adictiva, es decir, una sociedad que tiende a favorecer adicciones de muy diverso tipo, algunas más burdas, otras más sutiles: alcohol, drogas, pornografía, trabajo, compras, televisión, información, etc. El adicto es alguien que se debe a otro, uno que no se pertenece sino que está sometido, una suerte de esclavo. Por eso en la adicción, una de las cosas más evidentes es

¹ Agustín, *Sermón* 52,16.

la pérdida del señorío. Se trata de la experiencia de contradicción que tan bien describió san Pablo: “Estoy vendido como esclavo al pecado. Y ni siquiera entiendo lo que hago, porque no hago lo que quiero sino lo que aborrezco” (Rm 7,14b-15). El hecho de sucumbir al desorden pasional no sólo es frustrante sino altamente perturbador. El frenesí arremete dejando una sensación de vacío, de tierra arrasada, propia de un alma que se ha vuelto un campo de batalla. Entonces la división interior lastima hasta el gemido, a menudo secreto, de una tregua.

El deseo de una vida más armoniosa surge como reacción a la toma de conciencia de un modo de vivir que resiente nuestra humanidad. En este marco se inscribe el mayor cuidado del cuerpo, por ejemplo, en lo que hace a la alimentación, el sueño y el deporte. Otro tanto puede decirse del mundo emocional, del cual –aparentemente– se tiene un mayor registro. En esta línea resulta por demás interesante que se hable de “relaciones tóxicas”, aun sabiendo que ello sirve a menudo para no hacerse cargo del prójimo. Por otra parte, si bien es verdad que la armonía suele entenderse como integración de la dimensión física, psíquica y espiritual, es un hecho que a esta última se le presta menor atención. Esto tiene su consecuencia, pues la armonía que se limita al plano inmanente se vuelve sumamente frágil, en tanto no termina de asumir el dato cierto y dramático de la muerte.

Por todo lo visto no parece exagerado decir que en toda búsqueda de la armonía hay una nostalgia del paraíso perdido. De hecho, es en estos términos cómo el *Catecismo de la Iglesia Católica* elige hablar de la santidad original de nuestros primeros padres.

“El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su Creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él; amistad y armonía tales que no serán superadas más que por la gloria de la nueva creación en Cristo” (CCE 374). “Mientras permaneciese en la intimidad divina, el hombre no debía ni morir ni sufrir. La armonía interior de la persona humana, la armonía entre el hombre y la mujer, y, por último, la armonía entre la primera pareja y toda la creación constituía el estado llamado «justicia original»” (CCE 376; cf. *Ibíd.*, 400).

Esto significa que la Iglesia tiene por delante una doble misión. Por un lado, ayudar a relacionar la búsqueda contemporánea de armonía con la inocencia original, es decir, con la idea de recuperar una paz que alguna vez fue pero que hoy no es. Por otro lado, mostrar que la armonía a la que se aspira no está tanto en el principio como en el fin. La lógica del Evangelio es la de Caná, donde el mejor vino se gusta al final. Cristo ofrece, ya en germen, una armonía novedosa, superadora de todo cuanto podemos pensar.

La reconciliación como desafío

Hoy también se habla mucho de reconciliación. Este término tiene el condimento especial de ya dar por sentado un conflicto previo, o al menos una tensión. La reconciliación dice mucho de la paz cristiana como instancia superadora –no negadora– de las ofensas, sean o no mutuas. Tanto en el plano personal como en el familiar o nacional es imprescindible reconciliarse con la propia historia, siempre defectuosa, a veces opresiva, nunca reversible. ¡Cuánto puede aportar aquí el cristianismo! Basta pensar en la viva exhortación de san Pablo: “En nombre de Cristo les suplicamos, déjense reconciliar con Dios” (2 Co 5,20). También cabe recordar la delicadeza de las plegarias eucarísticas “de la reconciliación”.

“Pues en una humanidad dividida por las enemistades y las discordias, sabemos que tú diriges los ánimos para que se dispongan a la reconciliación. Por tu Espíritu mueves los corazones de los hombres para que los enemigos vuelvan a la amistad, los adversarios se den la mano, y los pueblos busquen la concordia. Con tu acción eficaz puedes conseguir, Señor, que el amor venza al odio, la venganza deje paso a la indulgencia, y la discordia se convierta en amor mutuo”.²

En nuestro país, Argentina, todavía seguimos enfrentados por los acontecimientos de la década del ‘70: subversión terrorista y dictadura militar. Lamentablemente, en los últimos años hemos vuelto sobre esas heridas con un ánimo de revancha que no ha hecho sino reeditar una división social que creíamos haber superado. El resentimiento se agita y la conversación se vuelve turbia, incluso respecto del presente. Las diferencias ensiguada se tornan enemistades. Por eso hablamos a menudo de una

² Plegaria eucarística “de la reconciliación” II.

“grieta”, lo que también puede advertirse en otros lugares del mundo, como es el caso de Estados Unidos frente al candidato, hoy presidente, Donald Trump.

Otro tanto ocurre en un plano más cotidiano. Lentamente nos vamos habituando a un estilo crispado, sumamente intolerante, que se expresa en descalificaciones absolutamente fuera de lugar. Es como si se perdiera cada vez más aquello tan elemental de no hacer a los demás lo que no nos gustaría que nos hicieran a nosotros. Hay toda una generación que ha crecido al margen del respeto cívico que en tiempos no muy lejanos era moneda corriente. Con relativa frecuencia la calle es un escenario de súbitas explosiones de violencia: sobre todo verbal y gestual, aunque también física.³ Los medios de comunicación social parecen no asumir su responsabilidad en esta trama de irritaciones, sino que de modo viperino azuzan los espíritus a fin de ganar la atención de la audiencia y el consiguiente rédito económico.

El conflicto humano es tan viejo como Caín y Abel. Pero la cuestión se torna más difícil cuando se vuelve ideología. Una cosa es asumir una realidad herida como problema y otra muy distinta enarbolarla como bandera. Es preciso no confundir la sana tensión como contrapunto que enriquece con la provocación deliberada que hace de la ruptura una estrategia permanente: divide y reinarás. Por otra parte, sucede a menudo que el legítimo interés por una especialidad olvida su ineludible pertenencia a un todo. La falta de visión de conjunto suscita una vivencia desarticulada y por tanto confusa. Si la fragmentación es soledad y pobreza en múltiples sentidos, la reconciliación de Jesús quiere devolvernos la paz de la integración.

“Porque Cristo es nuestra paz; él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, y aboliendo en su propia carne la Ley con sus mandamientos y prescripciones. Así creó

³ La película *Relatos salvajes* (2014) ofrece el retrato de una sociedad que alberga una violencia contenida, como si fuera un volcán capaz de erupcionar en cualquier momento. El éxito de taquilla no sólo puso de manifiesto una cierta identificación, aunque caricaturesca, de los espectadores con las escenas propuestas, sino que dio la oportunidad para reflexionar sobre lo desmedido de tantas de nuestras reacciones.

El hombre de hoy en busca de la paz

con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona. Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz: paz para ustedes que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca” (Ef 2,14-17).

Pablo entiende perfectamente la hondura de la reconciliación de Cristo. Una reconciliación que es paz porque llega a la raíz, porque hermana re-creando literalmente los vínculos. La de Jesús es la paz del perdón. Una paz fuerte dispuesta a renovar la confianza sin condiciones, sino más bien desde la vulnerabilidad del que ofrece la otra mejilla sabiendo que, como decía Teresa de Jesús, “amor saca amor”.⁴

El diálogo como camino

Los desencuentros nos mueven a promover el diálogo como camino a la paz. La cultura del diálogo confía en el poder de la palabra bien usada, que no quiere el mutismo de la violencia ni el autoritarismo del monólogo ni la farsa de la mentira. Los cristianos vemos en el diálogo un pensamiento que se comparte como búsqueda conjunta de la verdad; un consenso al que se llega por con-vencimiento, donde todos son ganadores porque primero han sabido renunciar a la pretensión de los iluminados para inscribirse en la humilde escuela de una sabiduría que se amasa en el trabajoso vaivén de la tradición. ¿Cómo no evocar aquí a Jesús, Palabra del Padre y Príncipe de la paz? ¿Cómo no referir el misterio de Dios como diálogo trinitario, que en su libérrima generosidad ha querido incluir a los hombres en su diálogo de amor?⁵ ¿Cómo no recordar esa carta magna del diálogo eclesial que es *Ecclesiam suam* de Pablo VI?⁶

El diálogo ecuménico e interreligioso es un nuevo nombre de la paz, y lo es de manera notable en un mundo donde la religión y la violencia se asocian con relativa frecuencia. Lo mismo vale para el campo político-

⁴ S. Teresa, *Libro de la vida*, 22,14.

⁵ “Por consiguiente, movido por su gran amor, Dios invisible habla a los hombres como amigos y trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía”; *Dei Verbum* 2.

⁶ Pablo VI, *Ecclesiam suam*, en especial n. 31: claridad, mansedumbre, confianza, prudencia.

social. Argentina sufrió en 2001 una crisis realmente muy grave, y en medio del hastío colectivo surgió por iniciativa de la Conferencia Episcopal una “mesa del diálogo argentino”, donde la Iglesia hacía las veces de anfitriona para que todos los actores sociales pudieran encontrarse, expresar y dialogar con el objetivo de hallar entre todos una salida. La “mesa” recorría el país escuchando a todos y eso permitió canalizar las frustraciones y las esperanzas de los ciudadanos.⁷

El diálogo requiere silencio, pero nuestro mundo es bien ruidoso. Se trata de un problema serio con múltiples implicancias.⁸ Pues el silencio es necesario para poder escuchar, ciertamente, pero también para poder pensar. En tiempos de tanto sobresalto ocurre a menudo que la gente no sabe bien qué es lo que quiere decir. Curiosamente, no callan sino que hablan a raudales pero confusamente, sin comunicar demasiado. En esos casos, la verbosidad no hace más que revelar un caos espiritual. “Lo que debía ser exteriorización del espíritu parece haberse convertido ahora en desesperada alienación del mismo, en indigna verbosidad”.⁹

Si la paz es concordia, es decir, unión de los corazones, cada uno tiene el deber de ordenar la propia morada antes de abrir las puertas para los demás. Por eso primero ha de buscarse el silencio como remanso interior, donde las vivencias decanten a fin de encontrar la palabra señalada y el tono correspondiente.¹⁰ Por una parte, el diálogo necesita del bien hablar, entendido éste en varios sentidos: la ilación discursiva que permite darse a entender de manera coherente, la riqueza de vocabulario que hace posible

⁷ El cardenal Bergoglio –hoy Papa Francisco– jugó en todo ello un rol decisivo.

⁸ Jesús le dice a santa Faustina Kowalska: “El ruido Me cansa y en ese ruido no se distingue Mi voz”; *Diario* 1008 (1.III.1937), Rosario, Padres Marianos de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María, 2008, 390.

⁹ H. U. von Balthasar, *Teológica 1. Verdad del mundo*, Madrid, Encuentro, 1997, 160. “El silencio es la base de la palabra, hacia la cual empuja. Pero una palabra que se desvincula de esta base se convierte en cháchara”; Id., *Teológica 2. Verdad de Dios*, Madrid, Encuentro, 1997, 114.

¹⁰ Hay mucho para meditar en el hecho de que *logos* (palabra) venga de *legein* (recoger). La palabra surge en tanto recoge experiencias, como quien las condensa, pero también como quien *se* condensa. En tanto acto espiritual, engendrar una palabra supone un acto de conciencia, una con-centración. Y así la palabra auténtica, portadora de sentido, no sólo es expresión de recogimiento interior, sino que se vuelve capaz de unir exteriormente, tocando corazones. Para decirlo de otra forma, la palabra es puente *ad extra* si primero ha sido puente *ad intra*.

El hombre de hoy en busca de la paz

la diversidad de matices y la concisión del mensaje directo, no errático, que valora el peso de cada palabra. Por otra parte, urge escuchar mejor, con la delicadeza del que sabe hospedar a quien sale a nuestro encuentro.

“Acoger es un signo de verdadera madurez humana y cristiana. No consiste solamente en abrir la puerta y la casa a alguien, se trata de darle un espacio en el corazón para que puede existir y crecer, un espacio en el que se sepa aceptado como es, con sus heridas y sus dones. Esto supone que existe en nuestro corazón un lugar silencioso y pacífico en donde los demás pueden encontrar el descanso. Si el corazón no está en calma, no se puede acoger”.¹¹

En síntesis, el diálogo que edifica la paz exige tanto una escucha reverente como una palabra lúcida, precisa pero no por ello menos afectuosa. El habla es un reflejo de lo que somos. Por eso, si queremos la paz, deberemos esforzarnos por ser algo más que *flatus vocis*. Se trata de ser, como Jesús, “una palabra que espira amor”.¹² Sólo así podrá volverse realidad el programa, aun vigente, de Pablo VI; quien esperaba del diálogo algo más que un entendimiento meramente nocional. Tenemos por delante la tarea de empeñar en ello todas nuestras fuerzas, a fin de que “nuestro propósito de cultivar y perfeccionar nuestro diálogo (...) pueda ayudar a la causa de la paz entre los hombres”.¹³

La paz de la comunión

Armonía, reconciliación y diálogo pueden ser algunos nuevos nombres de la paz. En rigor no son nuevos, pero puede que hoy se los prefiera para expresar con mayor frescura el antiguo deseo que los hebreos denominan *shalom*: plenitud, medida colmada, copa rebosante, paz. Sólo resta insistir en el hecho de que la verdadera paz siempre supone un otro y, por tanto, una comunión. Y la comunión llega como pascua, es decir, como fruto de una entrega sincera, de una muerte que da paso a una vida nueva. “Los hombres entran en comunión cuando no rehuyen ni se avergüenzan

¹¹ J. Vanier, *La comunidad. Lugar del perdón y de la fiesta*, Madrid, PPC, 2000³, 287.

¹² S. Tomás, *Suma Teológica I*, q43, a5, ad2. “El Hijo es la Palabra, pero no una palabra cualquiera, sino la que espira amor: *Filius autem est verbum, non quaecumque, sed spirans amorem*”.

¹³ Pablo VI, *Ecclesiam suam*, 39.

de ex-ponerse los unos ante los otros”.¹⁴ ¿Tendremos el coraje de brindarnos sin reservas, asumiendo el consiguiente riesgo de ser heridos? Puede que en este riesgo se cifre la piedra de escándalo que nuestro tiempo rechaza sin saber cuánto la necesita. En el fondo es siempre el mismo dilema: atreverse a amar sin retroceder ante el sufrimiento, para luego descubrir que al final nos espera un gozo mayúsculo. Un gozo, una paz, nos dice Jesús, “que nada ni nadie les podrá quitar” (Jn 16,22).

¹⁴ H. U. von Balthasar, “Communio: un programa”, *Communio España* 1/I (1979) 27.